

## DEBATE

### *La hora final de Castro*

#### LA HORA FINAL DE LAS REVOLUCIONES\*

Luis Salazar C.

UAM-I, México

#### 1

En un artículo donde reaccionaba frente a los trágicos sucesos en la plaza de Tien An Men, Rossana Rossanda\*\* se preguntaba por las razones que habían conducido sistemáticamente al movimiento comunista —cuyos nobles objetivos emancipatorios y justicieros son indiscutibles— a desembocar en tétricas y opresivas realizaciones. ¿Qué hay, qué ha habido en el comunismo que fatalmente ha llevado a lo que Bobbio denomina *l'utopia capovolta*, es decir, a un trastocamiento radical de ideales libertarios en realidades opresivas, totalitarias, atrocemente inhumanas? ¿Por qué y cómo la conquista del poder ha convertido a dirigentes con propósitos innegablemente valiosos y heroicos en tiranos y déspotas sanguinarios e irresponsables? ¿Por qué y cómo movimientos inspirados en ideales elevados capaces de concitar enormes energías morales contra las injusticias existentes, han terminado indefectiblemente en regímenes cínicos y depredadores, totalmente vaciados de cualquier asomo de moralidad efectiva?

---

\* Comentario sobre el libro de Andrés Oppenheimer, *La hora final de Castro*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1992.

\*\* R. Rossanda, «¿Qué fatalidad persigue al comunismo?», *La Jornada Semanal* (febr. de 1990).

El sugerente libro de Oppenheimer no pretende dar respuesta a estas trágicas cuestiones. Se trata, más bien, de un reportaje en el mejor estilo del periodismo norteamericano —con sus defectos y virtudes—, que intenta simplemente describir las consecuencias que el hundimiento del llamado bloque socialista ha tenido sobre el régimen y la sociedad cubana postrevolucionarios. Partiendo del sonado y truculento proceso entablado en contra de connotados militares cubanos acusados de vínculos con el narcotráfico internacional, el periodista argentino reconstruye minuciosamente el espíritu paranoico y asfixiante generado por los espectaculares acontecimientos que culminarían en el desplome del socialismo real en Europa oriental y en lo que fuera la Unión Soviética. Una vez más —como en la época de los procesos de Moscú— podemos observar la manipulación flagrante de delitos más o menos verosímiles cometidos por algunos miembros de la élite militar cubana, en beneficio de una lógica totalitaria del poder. Una vez más parece suficientemente claro que, independientemente de la participación de los involucrados en actividades ligadas al narcotráfico, lo que en realidad «activó» su penalización fue una maniobra política destinada a detener todo cuestionamiento, toda crítica, a la línea «revolucionaria» de Fidel Castro.

De esta manera, como señala el autor, el enjuiciamiento y posterior fusilamiento del general Ochoa y sus presuntos cómplices implicaba una doble función: impedir relacionar al gobierno de Castro con operaciones del narcotráfico internacional, pero sobre todo enviar un claro mensaje a buena parte de la población cubana sobre las consecuencias de cualquier disidencia, de cualquier simpatía con una posible *perestroika* en suelo cubano. En una sociedad en la que la comisión de actos delictivos —mercado negro, adquisición de divisas, elusión de obligaciones— es casi condición de sobrevivencia; en una sociedad en la que, por ende, la legalidad «revolucionaria» convierte a prácticamente todos en culpables por necesidad, la condena de altos miembros condecorados del Ejército sólo podía interpretarse como una amenaza contra cualquiera que interpretara el fin del socialismo real en Europa como señal para intentar cambiar las cosas en Cuba.

Pero precisamente por tratarse de un reportaje, el libro de Oppenheimer merece leerse como algo más que una mera crónica vivaz de las tristes realidades de la Cuba contemporánea. De alguna manera, la revolución cubana y sus secuelas forman parte de la historia trágica de la izquierda latinoamericana e incluso europea. Forman parte de las utopías, ilusiones, objetivos y descabros que por mucho tiempo dieron sentido a las acciones de grupos, partidos y movimientos que, incluso hoy, siguen sin sacar las lecciones pertinentes de la evolución paradójica de los sueños del socialismo revolucionario. Y forman parte, por ello mismo, de la gran crisis que viven las fuerzas progresistas y socialistas en todo el mundo, así como de los intelectuales que bajo diversas modalidades quisieron y siguen queriendo «comprometerse» con las causas de la justicia y la emancipación.

Sin duda, siempre será posible denunciar el libro de Oppenheimer como una más de las mil maniobras del imperialismo yanqui para desprestigiar una revolución y un régimen que sigue combatiendo al capitalismo y al imperialismo y que sigue reivindicando la causa de millones de miserables del Tercer Mundo. Sin duda siempre será posible mostrar los impresionantes «logros» de la revolución cubana en términos de salud, educación y equidad social, que ningún otro país tercermundista puede mostrar. Y sin duda siempre será posible responsabilizar al injustificable y torpe bloqueo económico impuesto por los Estados Unidos de todos los problemas y dificultades que vive la sociedad cubana. No es casual que en los congresos de la principal formación partidaria de la izquierda mexicana —el Partido de la Revolución Democrática—, donde paradójicamente se ha desechado toda terminología que tenga que ver con el marxismo y con el socialismo, todavía recibiera las mayores ovaciones la presencia de la delegación cubana, como emblema acaso nostálgico de una identidad de izquierda que —pese a todo— se resiste a desaparecer.

Pues en fin de cuentas todas las argumentaciones anteriores no hacen sino reproducir el síndrome platónico de la mayor parte de las fuerzas latinoamericanas de izquierda, es decir, su rampante preferencia por las abstracciones mitificadoras en desmedro casi total por las realidades concretas. Paradigmático a este respecto resulta el discurso de Fidel según el cual poco importa la muerte de los miembros del Buró Político, del Comité Central, del Partido Comunista e incluso de todo el pueblo cubano «porque detrás de nosotros tendrían que matar [*sic*] a miles de millones de personas en el mundo que no están dispuestas a ser esclavas, que no están dispuestas a seguir siendo explotadas,

que no están dispuestas a seguir pasando hambre». Concluyendo: «Los hombres pueden morir, ¡pero los ejemplos no morirán! Los hombres pueden morir, ¡pero las ideas no morirán jamás! Y aquí estamos dispuestos a regar con nuestra sangre nuestras ideas» (pp. 405-406). Las ideas pues encima de las realidades, de las vidas concretas y particulares; los ejemplos, antes que los sufrimientos y que las muertes; la ideología, en suma, como imperativo de regar con sangre los principios para que éstos, algún día, florezcan en una realidad perfecta, armoniosa, monolítica, es decir, igualmente muerta.

2

El primero de enero de 1959, con la entrada triunfal de los guerrilleros en La Habana, pareció abrirse una nueva época para las fuerzas de izquierda en América Latina. Jóvenes idealistas encabezados por Fidel Castro, Ernesto *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos, habían logrado derrocar a la corrupta dictadura de Batista reivindicando la hasta entonces humillada dignidad nacional del pueblo cubano. La primera pero sobre todo la segunda declaración de La Habana proclamaría la llegada de la «verdadera independencia» de las naciones y de los pueblos latinoamericanos, vejados de múltiples maneras por la prepotencia yanqui. Intelectuales de todo el mundo saludarían la victoria de la Revolución cubana como el amanecer de un nuevo mundo, de un nuevo socialismo, de un hombre nuevo, liberados del imperialismo, del capitalismo, de la explotación.

La lección parecía evidente: un puñado de hombres y mujeres decididos había logrado lo imposible al no sólo derrotar una dictadura sanguinaria sino sobre todo enfrentarse con éxito a la nación económicamente más poderosa de la tierra, los Estados Unidos, conquistando la simpatía y el

apoyo de todas las fuerzas progresistas del orbe. Había sido suficiente, al parecer, la inquebrantable voluntad revolucionaria de unos pocos idealistas convencidos para desafiar con éxito a la mayor superpotencia mundial, y para derrotar a sus fuerzas mercenarias en Playa Girón. El socialismo no era por ende un sueño distante y lejano en América Latina; no era necesario —contra lo que afirmaba la ortodoxia comunista— esperar a que el capitalismo generara las condiciones objetivas para el gran momento revolucionario; tampoco había que pasar por una larga etapa de formación y organización de la clase obrera: bastaba la firme voluntad de una pequeña minoría para hacer posible la revolución pues las famosas condiciones objetivas —miseria, injusticia y opresión— estaban ya dadas. De donde el increíble eslogan lanzado por Fidel como imperativo categórico: «el deber de todo revolucionario *es hacer* la revolución».

Millares de hombres y mujeres de todos los países de Latinoamérica, pero también de Europa, atenderían este llamado, lanzándose a organizar «focos», vanguardias guerrilleras y asaltos de cuarteles, bancos y demás bastiones de la burguesía y del imperialismo. Millares de intelectuales, correlativamente, se dedicarían a teorizar la *necesidad de hacer* la revolución como único camino posible para la emancipación y el desarrollo de las naciones subdesarrolladas. Lejos parecía quedar la petrificada ortodoxia estalinista con sus etapas y sus frentes únicos; lejos también las tristes realidades del socialismo soviético y sus crímenes insensatos. El socialismo preconizado por el Che, humanista y tolerante, era un socialismo nuevo, fresco, juvenil, ajeno al frío burocratismo sin rostro del imperio soviético; era un socialismo capaz de revolucionar a la Revolución (Debray) y de inaugurar un internacionalismo verdadero y eficaz; era

un socialismo que más allá de cualquier escolástica o de cualquier ortodoxia se proponía reivindicar, contra viento y marea, no ya a una clase obrera aburguesada, sino a los condenados de la tierra (Fanon), a los verdaderos proletarios, a los pueblos del Tercer Mundo.

El libro que comentamos es una buena oportunidad para acercarnos a los restos del naufragio de todos aquellos sueños e ilusiones. Más allá de la impactante conspiración gubernamental para acallar la voz de militares disidentes, Oppenheimer nos narra la caída en picado que sufre el sueño revolucionario frente a los acontecimientos primero en Centroamérica —Panamá y la intervención norteamericana; Nicaragua y la derrota electoral del sandinismo—, después en Europa Oriental —desplome vertiginoso del «socialismo real»— y finalmente en lo que fuera la Unión Soviética. Como en una tragedia clásica, la aguda visión realista de Fidel acerca del destino del reformismo de Gorbachov, del aperturismo democrático de los dirigentes sandinistas sólo parece servir para denegar a la sociedad cubana cualquier posibilidad de cambios y reformas, en la medida en que ellos conducirían fatalmente al fin del «socialismo», al fin de la Revolución.

Se trata entonces de cerrar filas, de afirmar un monopolio irrestricto del poder, de prohibir cualquier iniciativa y cualquier disidencia «contrarrevolucionaria», es decir, de acentuar los rasgos policíacos y totalitarios, de un régimen que se siente acorralado y aislado por la evolución mundial. Las impresionantes escaseces provocadas por la suspensión de subsidios y tratos comerciales preferenciales serán afrontadas con llamados sistemáticos a apretarse el cinturón, a asumir la «opción cero», a buscar salidas tan voluntaristas e inviables como la de esperar que la biotecnología cubana esté en condicio-

nes de competir favorablemente con las transnacionales occidentales. La búsqueda de soluciones milagrosas parece ser una constante en los totalitarismos, y Fidel sigue convencido de que si no fueron las zafras millonarias o los experimentos con ganado, será ahora la sobreexplotación de un puñado de científicos lo que puede «salvar a la Revolución».

Junto con esta política de endurecimiento y cerrazón se asumen paradójicas restauraciones de lo que con gran vigor se había mostrado como las peores lacras de la época de Batista. El turismo internacional reaparece —después de haber sido tildado de corruptor e imperialista— como la otra gran fuente de divisas salvadora, y se restablece para las compañías transnacionales la posibilidad de construir grandes hoteles y centros de diversión. Se crea así un nuevo *apartheid* socialista que prohíbe a la mayoría de los cubanos la entrada a playas, hoteles y restaurantes, al tiempo que promueve o por lo menos solapa abiertamente la prostitución generalizada de miles de jóvenes cubanos. Los discursos famosos de Fidel que denunciaban la conversión de Cuba en un burdel yanqui se olvidan en beneficio de discursos que hablan de la necesidad de obtener divisas para «la Revolución». Los servicios de salud y de educación, orgullo del régimen y de sus defensores, se deterioran rápidamente en virtud de la escasez absoluta de las materias primas y las medicinas más elementales. La salida de cubanos desesperados en botes y hasta cámaras de neumáticos se incrementa vertiginosamente a pesar de los riesgos mortales que suponen en este tipo de travesías. El racionamiento, los cortes de luz, la falta de transportes, pero sobre todo la sospecha creciente de que «el sistema» no tiene remedio efectivo y de que las alternativas son igualmente temibles generan desánimo, escepticismo y cinismo en buena par-

te de una población a la que sólo le queda confiar.

El despotismo, como ya indicaba Montesquieu, se apoya en el miedo, en la inseguridad, en la arbitrariedad. El totalitarismo castrista, al perder progresivamente su legitimidad revolucionaria y el apoyo concitado por sus primeras medidas justicieras, se convierte día con día en un despotismo cuya sola justificación se encuentra en el miedo que provoca y promueve sistemáticamente: miedo en primer lugar a la represión directa, sea oficial sea de los comités revolucionarios; miedo en segundo lugar a perder el empleo, y con él, la seguridad económica que pese a todo existe; miedo a que cualquier expresión de disidencia convierta delitos solapados en justificación de castigos; miedo a un futuro sin horizontes prometedores, signado por la ominosa alternativa entre un deterioro social incontenible acompañado por medidas cada vez más draconianas, o un hundimiento del régimen que supondría el regreso revanchista de organizaciones ultraderechistas de exiliados residentes en Miami.

Las propias medidas «salvadoras» propuestas por Fidel Castro —turismo, biotecnología, inversiones extranjeras sobreprotegidas— no solamente parecen más que insuficientes económicamente —por cuanto apenas alcanzan a proporcionar una décima parte de las divisas necesarias— sino totalmente paradójicas en tanto se rigidizan las prohibiciones de un mercado interior libre y se persigue como delito cualquier iniciativa económica autónoma de los cubanos. Se espera así la «salvación» de una sociedad sin mercados del mercado internacional; se espera «salvar» una sociedad sin empresarios apelando a las transnacionales occidentales; se quiere, en suma, mantener «el socialismo» nacional(ista) apoyándose en el capitalismo internacional. Como en los pro-

yectos de Rousseau para Córcega, Fidel pretende cerrar la isla a las influencias «corruptoras» de un ambiente internacional donde ha triunfado el mercado, el pluralismo y la democracia liberal moderna; pretende entonces imponer, ante el evidente fracaso de sus proyectos productivos, una lógica de la austeridad, de la disciplina heroica, del martirio colectivo. De ahí quizá su obsesión necrofilica expresada en su lema más recurrente: «socialismo o muerte».

3

Las preguntas de Rossana Rossanda y de Norberto Bobbio acerca del destino trágico del proyecto comunista resurgen con fuerza después de leer el libro de Oppenheimer. Sobre todo cuando el hundimiento del socialismo real deja una secuela interminable de conflictos en Europa y en las naciones que configuraron a la ex Unión Soviética; sobre todo cuando la economía mundial y los poderes financieros provocan enormes costos sociales en el todavía llamado Tercer Mundo; sobre todo cuando el triunfo de la sociedad abierta parece equivalente a la miseria, a la xenofobia y a la corrupción política generalizada en la mayor parte del planeta. Todo ha ocurrido como si lo que Hirschman\* llamara las retóricas de la reacción se hubiera cumplido puntualmente, como si el proyecto de superar las injusticias de las sociedades modernas hubiera conducido fatalmente a promover injusticias y despotismos todavía más brutales e indeseables.

Frente a estas realidades los esfuerzos teóricos en torno a modelos racionales de justicia social o de comunicación racional parecen a todas luces insuficientes, por

\* A. Hirschman, *Retóricas de la intransigencia*, México, FCE, 1992.

sugerentes que puedan ser algunos de sus resultados. El sesgo puramente normativista que ha acompañado a la mayor parte del *revival* de la filosofía política contemporánea, parece excesivamente abstracto de cara a los problemas y necesidades del mundo contemporáneo. Sin duda el fracaso teórico y político de los marxismos debe ponernos en guardia frente a paradigmas holistas y reduccionistas, que pretendieron tener a la mano soluciones definitivas para todas las cuestiones sociales. Pero, como también indicara Bobbio, ejercicios filosóficos puramente normativos, puramente abstractos, difícilmente pueden llenar el vacío ideo-lógico dejado por el fin de los marxismos entre las fuerzas progresistas del mundo.

En este sentido, el texto de Oppenheimer es una buena oportunidad para reflexionar sobre los callejones sin salida del voluntarismo político revolucionario, sobre su lógica immanente, sobre sus causas y motivaciones, así como sobre sus inevitables consecuencias antidemocráticas. Como sugiere Sartori,\* acaso el problema central de las izquierdas ha sido siempre el de que su claridad en relación a los fines —justicia, libertad, solidaridad— ha estado acompañada de una notoria incapacidad para reflexionar sobre los medios y formas de su posible actualización. La ética de la convicción revolucionaria, la certidumbre absoluta en la bondad de los fines, ha fomentado así un desprecio francamente idealista y en el extremo criminal por todo lo concerniente a una ética de la responsabilidad, a una ética capaz de hacerse cargo de los efectos imprevistos e indeseados, de las consecuencias paradójicas, y sobre todo de la heterogénesis de los fines.

\* G. Sartori, «La sinistra? L'Etica», en G. Bossetti (comp.), *Sinistra punto zero*, Roma, Donzelli, 1993.

Así, en el caso cubano resulta difícil no reconocer, por ejemplo, la inverosímil generosidad con que Fidel Castro y su gobierno han apoyado las causas justas en Centroamérica y en África. Sorprende el envío no sólo de miles de soldados, asesores, médicos e ingenieros cubanos a luchar y servir a regímenes supuestamente socialistas y de izquierda, sino de recursos materiales en medio de una situación ya de por sí precaria. Sorprende la aparente incondicionalidad de esos apoyos en nombre exclusivamente de supuestos principios internacionalistas. Pero también impresionan las consecuencias aberrantes y hasta trágicas de estos apoyos, así como la permanente confusión de los deseos e ilusiones del gobierno cubano con las realidades y necesidades de las sociedades que reciben tales servicios.

La ética revolucionaria preconizada por Fidel y sus secuaces se presenta entonces como una ética superogataria, del heroísmo, de la mística, incapaz por su propio voluntarismo de asumir realidades y consecuencias perversas e incluso simplemente humanas. Una ética que exige en permanencia una atmósfera de emergencia, de excepcionalidad para poder justificar la necesidad de medidas siempre extraordinarias, siempre excesivas, siempre despilfarradoras de energías y sufrimientos humanos. Esta ética estaba ya presente en los días juveniles de la Revolución cubana, en la era del Che, del joven Fidel Castro capaz de fascinar a multitudes con interminables discursos, y sin duda fue componente esencial del atractivo que ejercieron entonces. Hoy sin embargo, 35 años después, parece clara su conversión en el delirio paranoico de un dirigente senil que, incapaz de asumir los fracasos y los costos de su voluntarismo, persiste en conducir a todo un pueblo a una catástrofe tan anunciada como inexorable. En ello, ciertamente, buena parte de la res-

ponsabilidad la tienen los gobiernos norteamericanos que, al mantener una absurda política de bloqueo económica, se han convertido paradójicamente en el último

sostén político real de un régimen que a estas alturas sólo provoca el miedo y la incertidumbre de la mayor parte del pueblo cubano.

## A LA ESPERA DEL DERRUMBE

Jesús Rodríguez Zepeda

UAM-I, México

### I

Muchos juicios, por la frecuencia de su repetición y por su plausibilidad en primera instancia, se instalan sin dificultades en los sistemas de valoraciones colectivas y acaban convertidos en lugares comunes. Tal es el caso del siguiente aserto: «los sueños de la razón producen monstruos», insistentemente utilizado para proporcionar algún sentido al dilema para la ética y la política planteado por los regímenes comunistas (tanto los que ya desaparecieron como los que aún subsisten) que, en las últimas décadas, no han dejado de exhibir sus efectos perversos sobre la vida colectiva y sobre los proyectos individuales de los hombres sujetos a su dominio.

Este aserto, que supone una distinción clara entre un proyecto políticamente positivo y moralmente defendible y una concreción política burocrática con consecuencias morales indefendibles, sigue atado a la idea de «desviación» como categoría explicativa de la debacle práctica de los modelos utópicos revolucionarios.

Actualmente, ya no impera la discusión (vigente, por cierto, hasta hace apenas un lustro) a propósito de si los regímenes del llamado socialismo realmente existente habían traicionado la letra y el «espíritu»

originales del marxismo (en esto, por lo demás, cada corriente fue capaz de reconstruir, a la medida de sus intereses, al Marx que más les convenía). La discusión sobre las desviaciones parece haber cambiado de orientación: hoy día prácticamente nadie reivindica poseer al «Marx verdadero» o ser dueño del discurso de «lo que verdaderamente dijo Marx». En este sentido, ya no estamos ante una disputa sobre la hermenéutica canónica del discurso marxiano sino, más bien, en el terreno de un agrupamiento de distintas posiciones cuyo vínculo es el «aire de familia» de la apuesta revolucionaria.

En efecto, ahora que las antiguas corrientes y sectas del marxismo asumen la identidad del proyecto común, el tema de las desviaciones corre por otro camino. Como después del derrumbe de la URSS y los regímenes socialistas del este de Europa son muy escasas las posturas que defenderían el socialismo existente, la norma parece ser acusar a la realidad de corromper los altos ideales de los padres fundadores. Por ello, aún entre muchos marxistas, el asombro y el repudio morales se dirigen contra las instituciones específicas del socialismo real que se convirtieron en la antítesis del mundo ideal prefigurado por el discurso marxista de la utopía.